

PROGRESO CON EQUIDAD

Discurso del Doctor Belisario Betancur al tomar posesión como Presidente de Colombia ante el Congreso: agosto 7 de 1982.

Para, vincular al que expide la Ley con el que la ejecuta, el Presidente debe jurar obediencia a la Constitución y a las leyes, ante el Congreso y en ritual solemne en que se pone al Creador por testigo. En esta ocasión, en nombre del otro partido histórico, el liberal, este rito lo preside alguien como yo salido de la misma entraña popular e inclusive de la misma cantera humilde, laboriosa y rural de Antioquia, cuya impronta llevamos en el habla, en la piel y en el alma.

Creyente y demócrata he prestado juramento que me liga con el Dios de Colombia cuya asistencia invoco, y con el pueblo colombiano cuyo apoyo reclamo: adquiero así no el derecho a que mis conciudadanos me sirvan, sino el deber de consagrarme al servicio de mis conciudadanos.

El juramento me obliga con normas que hemos elaborado bajo el signo de la contradicción, a menudo con desgarramientos o triunfos llenos de proscipciones y anatemas, fundando a veces en la discordia lo que hubiera debido establecerse en la convivencia. Contra todos los obstáculos, principalmente de nuestros entusiasmos y mezquindades, idealismos y bajezas, nos hemos dado un ordenamiento político y jurídico, gracias a quienes, ardiendo en una pasión común, crearon esta arquitectura de leyes y esta sociedad de derecho, desde los hacedores de 1810 hasta los estadistas



que vivieron o viven en estos mismos años que me ha sido dado pasar sobre la tierra, los cuales se consagraron al buen gobierno, dejando huella que seguiré en la sucesión de Bolívar y Santander.

Lo que ansían nuestros compatriotas es un cambio a fondo para sentirse distintos; un propósito colectivo de solidaridad; una transformación educativa y cultural; escapar a la noria de la mediocridad, a la frustración circular de la desesperanza. En ocasiones ellos se sienten poca cosa porque en nuestros yerros perciben que su tierra es también poca cosa y es en el reino de la pequeñez donde experimentan las acciones de la mentira, de la indiferencia, del vejamen y del cinismo, quizá por que no reciben siquiera la tenue luz de un empleo. He andado una y otra vez por los caminos de mi patria y he visto ímpetus heroicos pero también gentes mustias porque no hay en su horizonte solidaridad ni esperanza. La turbamulta les es ajena pues procede de grupos que les son ajenos; la otra Colombia les es remota u hostil. ¿Cómo afirmar sin sarcasmo la pertenencia a algo de que están excluidos, en donde su voz resuena con intrusa cadencia? Y para los más poderosos o los más dichosos ¿a qué reivindicar algo tan entrañablemente unificador como es la patria, a partir de la discriminación y del desdén?

Hay aquí una relación perversa en la que los dos países se envenenan mutuamente, y esa dialéctica ahoga toda existencia nacional. La patria es un proyecto de futuro, no tan solo un programa ante el cual sea decir "es menester que Colombia haga esto o lo otro, que piense así en vez de pensar (o de no pensar) asá". No soy el llamado a exigirlo; irá resplandeciendo cuando se sepa que la prioridad del gobierno es empezar -y lo recalco, empezar tan sólo-a que las dos naciones en combate se cohesionen y se fundan, a que la expresión ciudadano colombiano tenga embrujo de porvenir y no eco fantasmal de irrisión; a que expresemos nuestra colombianidad con orgullo; a que dejemos de ser federación de rencores y archipiélago de egoísmos para ser hermandad de iguales, a fin de que no llegue a decirse de nosotros la terrible expresión del historiador, de haber llevado a nuestra gente a que prefiera la violencia a la injusticia.



Tres virtudes esenciales son necesarias para el reencuentro con nuestro propio ser:

La primera, la disciplina social sinónimo de respeto a los demás y a las reglas de la convivencia, desde las triviales hasta las que toquen nuestros intereses, exigidas por la justicia para redistribuir el ingreso, como las tributarias.

La segunda, la responsabilidad para que el funcionario público o el ciudadano corriente, respondan de sus obras y vuelva a valer la palabra empeñada, que hace fiables los actos cotidianos y confiable el simple darse la mano.

Y la tercera, la solidaridad que tiene que ser vivencia profunda y no evocación vana y que me hará apoyar cooperativas, la acción comunal o las empresas comunitarias, todo empeño de ayuda mutua: la solidaridad no es tanto compartir lo que nos sobra, cuanto aceptar que nuestra vida está ligada a los demás y que toda aspiración desorbitada desequilibra y perturba.

Estas virtudes esenciales que dieron prosperidad a naciones destrozadas por la guerra, traerán nuestra recuperación y nos permitirán distinguarnos como pueblo que progresa en equidad. De mi parte, daré ejemplo constante de ellas signando mi gobierno de laboriosidad, austeridad y sencillez. No quiero honores sino honrar a Colombia. No quiero pompas sino identidad con mi pueblo: los campesinos, los pescadores, los trabajadores de las rudas faenas industriales, los intelectuales y los artistas, las mujeres, los servidores públicos, los profesionales, los empresarios honestos, con esas corrientes anónimas pero intrépidas quiero enfrentar el desafío de cada día, con un gobierno cercano a los pobres, no para repartir favores humillantes sino para exaltarlos en su sed de ascenso sin las dolencias que yo padecí. Comprometido a trabajar por la colectividad, mi opción preferencial será por los desamparados, lo que significa que cesará de inmediato la orgía del consumismo suntuario para aplicar nuestras reservas a la modernización de la industria y de los campos: porque son colombianos y



todo lo colombiano es nuestro, crea riqueza, crea empleo, reconstituye la esperanza.

Los conflictos que agobian a Latinoamérica., tanto de origen interno como los proyectados por las potencias extracontinentales desde las Malvinas, reclaman solidaria presencia de quienes orientamos el destino de estos pueblos. Por ello, en el momento en que asumo el compromiso supremo con mi Patria que es parte de la Patria ampliada americana, recojo el eco hemisférico tendiente a que se reúnan en Panamá, escenario del Congreso Anfictiónico de 1828, los ministros de relaciones exteriores; y a que los mandatarios de la comunidad americana, nos reunamos en este año en Cartagena de Indias, aquel parpado de piedra bien cerrado que dijera un poeta nuestro, para trazar nuevos rumbos al sistema interamericano, el cual podría disolverse ante nuestras miradas atónitas y pasivas. Ningún más claro homenaje para iniciar la celebración del bicentenario del nacimiento del Libertador, que infundir aliento a su Idea de la Carta de Jamaica, de formar en este "Mundo Nuevo una sola nación, un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo" no la nación de un solo gobierno que concibió su utópica imaginación, pero si pueblos obsesos de libertad, de integración y de justicia.

Es propósito de mi gobierno hacer de la política internacional compromiso conjunto de los partidos políticos, caminando con los iguales para escapar de las pautas de dominación, manteniendo nuestra fidelidad a la civilización cristiana, a la autodeterminación de los pueblos y a la no intervención; y con nuestra lealtad a una democracia de participación. En tal sentido, someteré a consideración de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores la intención de que Colombia entre a formar parte de la agrupación de países no alineados que, no obstante la heterogeneidad de sus posiciones ideológicas, congrega un inmenso conjunto de Estados del Tercer Mundo.

La erosión de los suelos, la destrucción de los bosques con su cortejo de inundaciones y sequías, la contaminación de aire y aguas, obliga a pasar de la estrategia a la acción en su afrontamiento y soluciones. Como afirmara



un pensador hace diez años en la Conferencia de Estocolmo, "de todas las cosas del mundo el ser humano sigue siendo lo más precioso", pero a ese ser no se le puede tratar en forma separada del entorno en que se mueve su existencia. Se dice que ocupamos "una sola tierra", para advertir la interdependencia en el trato ambiental, según la cual lo que se aniquila en una parte lo sufre todo el planeta. Con mayor razón podríamos hablar de "Una sola América" al mirar nuestro suelo, nuestros ríos, nuestros mares, nuestros bosques, nuestra Amazonia, nuestra Orinoquia: nuestro capital son esos recursos, haber herencial de las generaciones que nos siguen sobre lo cual propongo a los organismos del sistema regional, la formulación de una Carta Ecológica que convoque el consenso de los gobiernos, y que Colombia impulsará con el inicio de una segunda Expedición Botánica, testimonio de gratitud al sabio Mutis, el cura gaditano que redescubrió nuestra alma y alumbró nuestra libertad.

Quiero que la filiación de mi gobierno sea la participación de cada niño que es la patria en alborada, la de cada trabajador o empresario en su casa y en su trabajo, de cada mujer en su gerencia doméstica y en su aporte a la producción y al bienestar sociales, de cada estudiante desde el nivel preescolar hasta el postgrado, de cada anciano que sobrevive de edad y de olvido. La participación es una corriente dialéctica que debe circular en todas las direcciones del organismo social. En esa patria en acción, la materia prima para un gobierno de progreso con equidad está dada: es el pueblo luchando por la paz, por el trabajo, por el pan y por la esperanza. Yo que he salido de ese pueblo, he vivido su angustia, he comido ese mismo pan y he bebido el agua de su mismo cántaro, soy expresión de su subdesarrollo y de su anhelo.

Nunca en Colombia había estado tan de moda esta emergencia cómoda y rápida hacia las colinas de la opulencia, sin reparar en medios ni cuidarse de escrúpulos: la aplicación del ahorro a especulaciones en que al igual que los deslizamientos de las laderas montañosas, se desplazan cifras que antes ningún colombiano imaginó; la concentración compuesta por entes de captación de ahorro, capitalización, banca, financiación, empresas industriales y comerciales; desfalcos y negociados que cual los grandes témpanos que flotan en el mar, apenas afloran a la superficie de una opinión



escandalizada; o el tráfico de drogas con que se ensombrece el rostro de la patria ante las naciones.

Pero hay grandes reservas en los sectores en donde trabaja la inventiva acuciosa, el manejo austero de los recursos, la dedicación de científicos y profesionales, el tesón perseverante de la familia de la base popular y de la clase media con las que el sistema ha volado los puentes con su desdén; la superación silenciosa de pequeñas, medianas y grandes empresas, de fundaciones sin ánimo de lucro, de ligas ciudadanas, de organizaciones comunales y sindicales; la acción desplegada por la Iglesia; la de las Fuerzas Armadas cuya participación en la tarea de integración acentuaremos, haciendo que sus comandos operativos sean también unidades de desarrollo, los ingenieros militares construyendo puentes, caminos, vías de penetración, los marinos llevando progreso a nuestros olvidados hermanos de los litorales; la policía creando centros de capacitación laboral.

Con todo ello vamos a hacer una administración transparente, en urna de cristal; a aplicar el presupuesto con escrúpulo y eficiencia; a sancionar a los aprovechadores de los recursos públicos; a introducir un orden de serenidad en el manejo de la moneda, afinando los controles del mercado de capitales, para prevenir y reprimir los desvíos. Ante propios y extraños ha de proclamarse que la imperfecta democracia colombiana, tiene todas sus instituciones de elección popular en pleno funcionamiento; y que los vencedores del Movimiento Nacional, al comenzar el gobierno han pedido a los contendores de ayer, que sean sus vigilantes, con un contralor liberal, un procurador liberal, un ministro de gobierno liberal, un superintendente bancario liberal, es decir cautelas fiscales, morales, políticas y financieras entregadas al otro partido.

La gran huella humana que señale nuestro paso por la historia será el servicio a la comunidad, campo de acción de los "ejecutivos sociales", hombres y mujeres que, dejando de lado la fastuosidad lucrativa, dediquen talento y fuerzas a explorar nuevas soluciones a los problemas que acosan a



los débiles. Soy consciente de que muchas acciones sociales carecen en sí mismas de brillo y notoriedad: asistir a la niñez y a los ancianos, velar por la salud y alfabetizar a los colombianos, por citar algunas manifestaciones, son tareas publicitariamente opacas, pero una sociedad sana tiene que proveer para que su recurso fundamental, los seres humanos, que son nuestra gran riqueza, reciban del Estado, sin paternalismos, la promoción a que tienen derecho.

Por otra parte, como pretendo que los colombianos sean comunidad creativa en lugar de mendicante de favores estatales, haré que la orientación social del presupuesto cambie la imagen de un Estado asistencialista e indiferente o despilfarrador, por la de un Estado socio en la tarea del desarrollo, que no consiste en cifras yertas de riqueza acumulada, sino en que haya trabajo digno y remunerativo; en que llegue el pan a la mesa de los colombianos cada día; en que los niños tengan derecho a la felicidad, con salud mental y física; en que el pueblo participe sin elitismos en los bienes de la cultura y que cada instante sea una incitación al deporte; que los campos vuelvan a germinar para quienes ayer los abandonaron; que pueda ejercerse el derecho a la recreación; y, en fin, que haya un cambio sustancial en las estructuras económicas y sociales que avergüenzan por su injusticia y su dureza.

En este momento trascendental, quiero recordar que la voluntad del pueblo colombiano se congregó con entusiasmo ante un lema pleno de vitalidad y de optimismo: ¡Sí se puede!

Levanto una blanca bandera de paz para ofrecerla a todos mis compatriotas. Tiendo mi mano a los alzados en armas para que se incorporen al ejercicio pleno de sus derechos, en el amplio marco de la decisión que tomen las Cámaras. Les declaro la paz a mis conciudadanos sin distinción alguna: ¡a esa tarea prioritaria me consagro porque necesitamos esa paz colombiana para cuidarla como se cuida el árbol que convocará bajo sus gajos abiertos a toda la familia nacional!



Quiero que me acompañen a recuperar los símbolos de la patria. Que nos inclinemos con respeto ante la bandera llevada por los vientos del valor sobre los campos de batalla, sacudida por las ráfagas de la inteligencia en los recintos de las ideas y sostenida con firmeza en los monumentos de la historia. Que sepamos cantar con voz trémula y estremecido corazón el Himno Nacional. Que amemos nuestro escudo y veamos en él la heráldica gloriosa de ésta tierra; y que esos símbolos nos hablen de Colombia, nos repitan su bello nombre y nos hagan sentir el compromiso de esa herida herencial que se llama Colombia, según dijera Carranza, nuestro poeta.

Colombianos: volvamos a pensar en Colombia, a amar a Colombia, a trabajar por Colombia. En otro oscuro momento de una gran nación asediado por el desastre pero transida de esperanza, lo que un gran líder le dijo a su pueblo se lo digo yo al mío: "¡El país pide acción, y acción ahora!" Yo invito a mi pueblo a que la emprendamos ya. Colombianos, con los brazos abiertos, la Patria nos espera. No la dejemos esperando.

Salgamos a su encuentro.

¡El Dios de mis mayores que es el Dios de Colombia me dé sus luces y la fortaleza para cumplir el juramento que acabo de prestar!

BB / kdd.

